



## NECROLÓGICAS

### Enrique Rivera de Ventosa (1913-2000) *in memoriam*

«Loado seas, mi Señor, por la hermana muerte corporal». Fueron sus últimas palabras. El Padre lo llamó a la Casa celestial el día 23 de febrero del año 2000. Contaba 87 años. Entre sus hermanos, discípulos, amigos, colegas, la noticia de su fallecimiento no fue tanto motivo de tristeza cuanto de admiración, porque el padre Enrique fue en vida un hombre de bien y la personificación del religioso entregado en cuerpo y alma a la búsqueda de la Verdad. La Universidad Pontificia de Salamanca fue su casa durante cincuenta años; y si él tuvo siempre a gala servirla con lealtad, la Universidad, en palabras de su Rector, lo tendrá siempre entre sus profesores ilustres. El padre Rivera fue algo más que un profesor que transmite conocimientos; fue un pensador. A su reconocida competencia en las materias que explicaba, unía su reflexión personal desde la fe.

Nació el padre Enrique en un pequeño pueblo de la provincia de Valladolid (Ventosa de la Cuesta) el día 31 de octubre de 1913. Su padre ejercía el oficio de Maestro nacional en dicha localidad. Las circunstancias familiares orientaron su vida en una dirección rectilínea: nacido materialmente en la casa escuela del pueblo, pasó toda su vida estudiando y enseñando. Heredó de sus padres una fe cristiana firmemente arraigada, y consagró su vida a transmitirla a los demás. Miguel de Unamuno, que había sido profesor de su padre en la Universidad salmantina, fue un interlocutor permanente de las reflexiones del padre Rivera. En la biografía del padre Enrique no hay sobresaltos ni rupturas. Es un pacífico discurrir «in crescendo» hasta el momento mismo de su muerte.

Siendo aún niño ingresó en el Seminario de los Capuchinos (1923). Cursó con aprovechamiento los estudios de humanidades, filosofía y teología, y fue ordenado sacerdote en 1937. Dos años más tarde es destinado a Roma para cursar en la Universidad Gregoriana la Filosofía. Su tesis doctoral versó sobre «El voluntarismo de San Buenaventura» (1943). Tras pasar algunos años enseñando en los colegios de la Orden, es invitado a dar Cursos en la Universidad Pontificia de Salamanca (1953). La invitación fue ampliándose hasta acabar siendo nombrado Profesor Ordinario de Filosofía de dicha Universidad (1962). Comenzó enseñando Filosofía de la Historia, pero acabó su carrera docente como Catedrático de Historia de la filosofía (1984).

Si destacamos de la biografía del padre Rivera el desarrollo lineal y armónico de su trayectoria vital, es porque contrasta con los traumas y desequilibrios morales, religiosos e intelectuales que observamos en otros sacerdotes de su generación debido a las circunstancias difíciles que les tocó vivir. El padre Enrique vivió la implantación de la República española, de claro signo anticlerical y antirreligioso, y el estallido de la guerra civil, en la que la Iglesia fue perseguida a muerte por uno de los dos bandos. En Roma pudo conocer el triunfo y la caída del Fascismo, más las atrocidades de la guerra mundial. A muchos sacerdotes,



como el padre Enrique, formados todavía en las orientaciones pontificias del siglo XIX, no les fue fácil asumir el impulso renovador del Concilio Vaticano II. Pero, como nunca le movió otra motivación que la fe y la Iglesia, supo Rivera elevarse por encima de las divergencias de distinto signo, que tanto atormentan a los espíritus, y contemplar los acontecimientos humanos y eclesiales desde una visión providencialista de Dios. No era ésta una postura pasiva, sino fundada también en el conocimiento que iba adquiriendo de la historia de España y de la Iglesia. El padre Enrique supo estar a la altura de los tiempos, abriendo su fe a los signos que hablaban de renovación en todos los órdenes de la vida, y por eso la historia le ha dado la razón. Esta ha sido su grandeza: saber permanecer el mismo a lo largo de la vida; fiel seguidor de Cristo e hijo fiel de la Iglesia, sin que ello conlleve oposición a la autonomía de las realidades mundanas, antes bien, reconociendo los valores humanos, aunque no sean cristianos, y tratando de iluminarlos desde una visión universalista y trascendente.

Al término de su carrera docente se autodefinía «pensador cristiano». No quería para sí otra filiación intelectual, porque se sentía deudor de múltiples fuentes: antiguas y modernas, sagradas y profanas, franciscanas y de otras órdenes, hispánicas y foráneas. Tras haber pasado años, décadas entregado al estudio de la historia del pensamiento humano, llegó al momento de la síntesis, de la visión sinóptica de sus experiencias vitales, intelectuales y religiosas. A partir de 1970 emprende la tarea de elaborar un «pensamiento cristiano a la altura del siglo XX». La empresa parecía más propia de siglos pasados que del actual. Más para él tal empresa tenía sentido porque se regía por la fe, que unifica vida, pensamiento y acción. Sólo parcialmente dio a conocer este proyecto. Así, no terminó de escribir el libro que debía ser su «canto de cisne», dedicado a la «religación esencial» de todo hombre con Dios. A falta de estas obras desde las que analizar su fisonomía intelectual, nos centraremos en cómo fue forjando su *forma mentis et vitae*.

El inicio de su vida universitaria (1939) coincide en el tiempo con la ruidosa polémica sobre la existencia o no existencia de una filosofía cristiana, polarizada por Émile Bréhier y Étienne Gilson, más Jacques Maritain y Maurice Blondel. Desde el punto de vista histórico resulta difícil negar la existencia de un pensamiento y de una cultura cristianas, pero, desde el estricto punto de vista de lo que algunos entienden modernamente por filosofía, no ha existido ni puede existir una filosofía cristiana: la filosofía es un conocimiento racional autosuficiente, y el cristianismo es una fe supraracional. Pregunta el padre Rivera: ¿acaso la filosofía se ha autointerpretado siempre de esta manera? Evidentemente, no. El padre Rivera estimaba que la filosofía pura o la ciencia pura son concepciones erradas, al menos en su pretensión de ser un saber total, absoluto, debido a la pérdida del carácter sapiencial que tuvieron originariamente, pues comenzaron siendo unos saberes de la vida y para la vida de los hombres. Junto a otras sabidurías, afirmaba la *Sapientia Christiana*, la auténtica Sabiduría, cuyo punto de partida es el amor de caridad de Dios hacia el hombre, amor sumo porque incluye la máxima donación: primero, de la vida de los hombres, después, de la vida de Dios para salvar a aquella de la perdición eterna. Así, pues, existe una Sabiduría cristiana, y el pensador cristiano no es un mero filósofo, sino aquel filósofo que abre los conceptos filosóficos para que puedan recoger, si es posible, el contenido de la Sabiduría cristiana.

A juicio del padre Rivera, la filosofía es una creación relativamente moderna desgajada de las *Sabidurías* antiguas. Las grandes religiones y culturas de la antigüedad atesoran experiencias y vivencias de cómo vivir humanamente. Todo el Antiguo Testamento es una



experiencia de Dios vivida por parte del pueblo de Israel con conciencia de pueblo elegido. La *paideia* o sabiduría griega incluía valores éticos y religiosos, que pasaron a la filosofía y permanecieron en ella hasta que Aristóteles la redujo a pura teoría o saber por el saber. Cuando el cristianismo se presentó ante los griegos, lo hizo como una *paideia*, como una nueva sabiduría o saber de salvación. En este contexto se movieron los Padres de la Iglesia, incluido san Agustín. Lo que Cristo representa es una Verdad salvífica, no teórica, una vida que reanima a quien la recibe a sentir el mundo y a sentirse con los demás de manera distinta, más fraternal, más universal. La filosofía puede aportar al creyente medios conceptuales para analizar y expresar lo vivido, pero nunca para reducirlo, y menos aún para sustituirlo por un sistema de conceptos. A juicio de Rivera, la dependencia conceptual de santo Tomás de Aquino respecto de Aristóteles, le llevó a la pérdida progresiva del carácter sapiencial de la Teología. Lo que ganó en sistematización, lo perdió en vivencia sapiencial.

En cambio, encontraba a san Buenaventura menos intelectualista que a santo Tomás. El santo franciscano conjugó las exigencias de las leyes fundamentales del Ser (Aristóteles, santo Tomás) con la dinámica de la idea de Bien (Platón, san Agustín). Por ello, san Buenaventura era su autor preferido. Lo importante en el santo no es contemplar a Dios como Ser Subsistente, distinto del ser menesteroso creado, sino contemplarlo accesible a través de los rasgos que ha ido dejando en la creación. De esta forma se abre la vía a la contemplación franciscana del cosmos, de Dios como Bondad derramada, cuyas señales son huellas que remiten al Creador.

Según esto, el principio del mundo no fue el caos, sino el Amor. Hondas reflexiones llevó a cabo el padre Rivera sobre el amor, sobre las distintas clases de amor, sobre la particularidad del amor cristiano: amor-*ágape*. Instalado en la metafísica del santo franciscano, el padre Rivera aborda el difícil tema del amor en la vida intratrinitaria. La explicación de la misma mediante la fórmula *bonum est diffusivum sui*, resulta insuficiente por impersonal. No existe el Bien, como primer principio, sino Dios Amor. La trinidad de personas sería una exigencia necesaria de su Ser Amor. Aunque todo amor tiene su origen en el que Dios nos tiene, sólo el amor-*ágape* es un amor plenamente personal, semejante al de Dios para con nosotros, en el sentido de donación libre y total a otra persona, un amor que convierte al «otro» en persona. Tenemos aquí un ejemplo de cómo la visión cristiana del amor supera la concepción tradicional de hombre, que pasa de ser considerado un individuo, un sujeto epistemológico o social, a ser única y exclusivamente persona: ser absoluto por ser amado por Dios.

Desde este personalismo abordó Rivera su concepción de la historia, cuyas fuentes son san Agustín, Joaquín de Fiore, Hegel, Teilhard de Chardin, Toynbee y otros autores. El personalismo cristiano ve y comprende todas las fuerzas que actúan en la sociedad: el bien y la gracia, el mal y la causalidad. Pero, a pesar de las apariencias, el mal no es conmensurable con el bien. El mal es limitado y el bien es infinito. La historia humana está gobernada por la Providencia divina. Esto no implica que sólo exista una historia humana; al revés, la pluralidad de historias viene exigida por la limitación inherente a todo cuanto no sea Dios. Para el pensador cristiano la historia es el «gran teatro del mundo». La multitud de seres y de culturas está inscrita eternamente en la inteligencia divina.

Las inquietudes intelectuales del padre Rivera abarcan los principales temas de la filosofía, y de ello son prueba el número de autores sobre los que escribió. Además de los ya mencionados: Platón, Aristóteles, san Agustín, san Buenaventura, Duns Escoto, dedicó especial atención a los autores modernos: Teilhard de Chardin, Huizinga, Guardini, Bergson,



Blondel, Kierkegaard, Unamuno, Zubiri, Heidegger, Sartre, Ortega y Gasset, L. Lavelle. El punto de vista desde el que los estudiaba no era la erudición, sino la comparación, el contraste de ideas o el aprender en ellos formas nuevas de acceder a la realidad. En los últimos años se declaró admirador del método fenomenológico, por las posibilidades que abre al conocimiento de los hechos y de las vivencias. El método que la filosofía venía practicando era el de los conceptos claros y precisos, articulados en un sistema; pero todos sabemos que tales sistemas dejan fuera lo vital. Por eso, la fenomenología comienza con la descripción de los hechos y continúa con la narración de los mismos. En la narración la vida humana se muestra en su articulación interna, en su conexión viviente.

La mayor parte de sus trabajos los publicó en revistas especializadas, entre ellas «Naturaleza y Gracia» —de la que fue cofundador y director—, «Cuadernos Salmantinos de Filosofía», «Revista de Filosofía», «Verdad y Vida», «Salmanticensis», «Realitas», «Helmántica», «Estudios Franciscanos», «Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno», etc. De sus libros reseñamos los siguientes: *San Francisco en la mentalidad de hoy*, *Unamuno y Dios*, *Dialéctica y Diálogo*, *Presupuestos filosóficos de la teología de la Historia*, *Las formas fundamentales del amor*, *Physis-Diatheke*.

Fue un escritor, un pensador y un pedagogo. Esta faceta la resume así un alumno suyo: competencia, entusiasmo, preparación inmediata de la cada clase y generosidad con los estudiantes. Tenía presente la tradición inaugurada por Sócrates, pero no por el Sócrates racionalista, naturalista, sino por el Sócrates dialéctico, pedagogo, mayéutico, que intenta alumbrar en el hombre lo mejor de sí mismo. El arte de alumbrar ideas es un enriquecimiento mutuo, del profesor y del alumno. Este arte es esencialmente creativo, pues deja que cada uno haga su verdad. En este punto el padre Rivera fue muy personal. No aceptó imposiciones ni filiaciones intelectuales, incluidas las de su propia Orden. En relación con los filósofos franciscanos, reconoció abiertamente los aspectos positivos de Duns Escoto, pero trató de infausta a la filosofía de Ockham por su sentido antimetafísico. Así de libre era el padre Rivera y así de firme era en sus convicciones. La firmeza no es empecinamiento, y menos aún cuando ésta se fundamenta en el amor. El padre Rivera tuvo por lema de su vida intelectual estas palabras de san Pablo: «Veritatem autem facientes in caritate, crescamus in illum per omnia, qui est caput Christus» (Eph. 4, 15).

El padre Enrique Rivera fue libre para pensar y libre para confesar abiertamente su condición de pensador cristiano. «En estos tiempos nuestros en que está de moda disimular las raíces íntimas de nuestro ser y pensar, tiene más valor proclamar lo que en el fondo se es radicalmente», ha escrito de él don Miguel Cruz Hernández. Descanse en la paz del Señor este religioso franciscano que vivió con la sencillez de su fundador, san Francisco de Asís, amó con el amor de su maestro, san Buenaventura, y buscó la verdad con la inquietud del filósofo cristiano, san Agustín.

Jorge M. AYALA

Departamento de Filosofía  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Zaragoza  
E-50009 Zaragoza  
ayalas@posta.unizar.es